

que ha de obrar dos veces por vosotros un prodigio que solo obró una vez en favor de su Hijo? ¿Quién sois vos para prometeros temerariamente unos efectos tan milagrosos del Divino Poder? Entre todas las gracias la de la conversion es la mas rara: ¿y vosotros la miráis como un favor quotidiano? ¿Qué sabéis si el Señor, despues de haber hecho resplandecer una vez en vosotros las maravillas de su misericordia, rompiendo las cadenas de la muerte y del pecado que ataban vuestra alma, y haciendooos revivir con Jesu-Christo, resucitandooos á una nueva vida, manifestará en lo sucesivo en vosotros la severidad de su justicia, entregandooos para siempre á los deseos de vuestras locas pasiones? Es verdad que leemos en los libros santos, que Lázaro, que la hija de Jayro, que el Joven de Naim fueron resucitados, pero no leemos que se les concediese dos veces este beneficio; la segunda muerte fue para ellos la ultima, y en esta imagen se nos quiere dar á entender que el milagro de una segunda resurreccion rara vez se concede á un pecador.

Conservemos, pues, preciosamente, Católicos, un tesoro tan difícil de recobrar, si es que hemos tenido la felicidad de resucitar con Jesu-Christo en la participacion de los Santos Mysterios. ¡Ah! Si conocierais, Católicos, lo que perdeis perdiendo la gracia santificante: Si supierais que en su comparacion es nada la pérdida del Universo: Si pensarais en que esta es el precio de la Sangre de Jesu-Christo, y todo el fruto de los trabajos de que habeis sido testigos: Si reflexionarais en que esta es la dragma preciosa con que se compra la eternidad: Si pudierais comprehender que perdeis lo mas que podeis perder, de lo que no os pueden recompensar todas las criaturas, ni el mundo entero; que perdeis lo que no podeis recobrar por vosotros mismos, y lo que solamente puede restituiros aquel

aquel á quien ofendeis; que perdeis lo que por toda la eternidad estarán deseando tantos reprobos, lo que será la felicidad de tantos justos en el cielo, lo que es negado á tantos pecadores en la tierra; si pudierais comprehenderlo, sin duda os animaria esta memoria á perseverar en el servicio de Dios, adonde os acaba de traer la gracia del Sacramento: Ya habeis visto los motivos en la Resurreccion de Jesu-Christo; veamos ahora los medios que nos proporciona el mismo Mysterio.

SEGUNDA PARTE.

Jesu-Christo resucitado de entre los muertos ya no muere, dice el Apostol; la muerte no tiene ya dominio en él, (a) porque en su resurreccion se halla una renovacion entera y perfecta: Al salir del Sepulcro no tiene ya nada de terrestre, y se sorbió á la muerte en su propia victoria. (b) Ved, pues, el modelo y el medio de nuestra perseverancia; ¿quereis no volver á caer, Católicos? es necesario que se destruya quanto habia en vosotros mortal y terreno, por decirlo asi; que seais unos hombres renovados y celestiales; una pasion despreciada conserva todas las demás; una sola herida mal curada llama á sí los malos humores del cuerpo; por eso debe aumentarse vuestro cuidado y vigilancia; y como Jesu-Christo no contó por acabados sus trabajos, ni asegurada su victoria hasta que absorvió enteramente en sí á la muerte, y la dexó sin armas ni aguijon, para hablar con el Apostol, mientras que os queden pasiones con quienes pelear, deseos que reprimir, y virtudes que perfeccionar, debeis tener vuestra resurreccion por imperfecta, y adelantar siempre en la semejanza del hombre nuevo.

Con

(a) Rom. 6. v. 9. (b) 1. Cor. 15. v. 5.

Con todo eso, el error comun mira al tiempo de la Pasqua como un tiempo de diversion, de descanso, de libertad, y de placeres; pero vuelvo á decir, si quereis conservar la gracia de la resurreccion, debe ser para vosotros un tiempo de renovacion y de fervor: Las razones son las siguientes, y me parecen dignas de vuestra atencion.

En primer lugar. Es evidente, ojalá no lo fuera, que la mayor parte de los fieles creen tener derecho de descansar, y de tener menos cuidado con su salud eterna, quando ya han llegado al fin de esta carrera de penitencia; que fundan el privilegio de la resurreccion en unas costumbres mas suaves, en un uso mas libre de los deleites, de la mesa, del juego, de los espectáculos, y en ser mucho menos frecuentes las oraciones públicas, y las demás obligaciones de la religion. Para dar, pues, á conocer, primeramente, la ilusion de un error tan vulgar y tan injurioso á la santidad de este tiempo, bastaria el deciros que la alegría de la Iglesia en estos felices dias solo está fundada en la victoria que Jesu-Christo, y con él todos los fieles consiguieron hoy del pecado; que vuestra vuelta á la gracia es todo el motivo de sus cánticos de alegría; y que si aun estais en pecado, ella está aun cubierta de un luto invisible, y gime en secreto delante de su esposo; y así en este dia solo se manifiesta triunfante y cercada de gloria, para celebrar el triunfo de la gracia en vuestros corazones, y os mira como á otros tantos cautivos, á quienes acaba de sacar del imperio de la muerte, y del poder de las tinieblas. En una palabra, el destino de vuestra conciencia es quien decide siempre de su tristeza ó alegría; porque el tiempo de la vida presente no es el tiempo de su gozo, pues se contempla como estrangera, sepa-

ra-

rada de su esposo, despedazada con los cismas y altercaciones, deshonrada con los escandalos, afligida con las caídas de sus hijos, y gime sin cesar, suspirando por su libertad; y sus cánticos de alegría no son mas que deseos de la eternidad, y vivas ansias de reunirse con la Iglesia del cielo, de la que es visible Pontifice su esposo; pero dejemos estas razones que miran á ella sola, y detengamonos en las que hallamos en nuestras propias disposiciones.

A la verdad; en segundo lugar, si despues de unas costumbres desordenadas, y una vida llena de pecados, habeis sido tan felices que habeis recobrado en estos dias vuestra inocencia con la gracia de los Sacramentos, y os habeis reconciliado con Dios, luego sois nuevos hijos de la gracia, y acabais de nacer á la justicia y santidad. En este estado, pues, de infancia y de flaqueza, como sois mas faciles de engañar y de pervertir, necesitais de mas precauciones y de mas socorros para no caer. Por otra parte, si acabais de salir de vuestras costumbres delinquentes, no podeis haber hecho nada para expiarlas; es verdad que habeis gemido á los pies del Confesor; que os habeis declarado allí delinquentes; que habeis dado vivas muestras de compuncion; y que habeis detestado con sinceridad vuestros delitos; nosotros os hemos enjugado allí vuestras lagrimas, recogido vuestros suspiros; y consolado vuestro dolor, el que á nosotros mismos nos llenaba de consuelo: Pero por ventura, ¿son estos los frutos unicos de la penitencia? ¿Una vida entera, llena de placeres y desordenes, puede borrar-se con algunas pasajeras lagrimas? ¿y el pecado se expió acaso luego que fue perdonado? Pues si sois un nuevo penitente, ¿dónde están aquellos excesos de zelo, aquella indignacion contra sí mismo, aquel deseo de trabajos, que son siempre las primicias del Espiritu de Dios en un corazon arrependido? ¿Aún no habeis comenzado, y ya quereis permitiros mitigaciones que no

se atreverian á permitirse aún los mas justos despues de largos años de penitencia? ¿Es tiempo de descansar en el mismo principio de la carrera? Alguna vez puede suceder que se descansa al fin de ésta, y que se entibie el fervor despues de muchos años de austeridad, pero á lo menos los principios fueron fervorosos. El Rey de Ninive se cubre de ceniza, rasga sus vestiduras, mortifica su carne con el ayuno y el cilicio; este es el fruto de la primera gracia; los esfuerzos que ella inspira en el principio son heroycos, y entonces es quando el pecador nuevamente movido necesita de freno, y es preciso que la prudencia del director modere las ansias y detenga el impetu del zelo y del espíritu que le anima.

Però vosotros, amados oyentes míos, si empezais por la carne, ¿cómo habeis de acabar por el espíritu? Si vuestros primeros pasos son tibios y flojos, ¿cómo habeis de sufrir las tentaciones, las molestias, y los disgustos inseparables de la continuacion y permanencia? Además, vuestra propia experiencia os enseñará que las tentaciones nunca son mas violentas que en los principios de una nueva vida; entonces es quando el demonio, furioso por haber dejado escapar su presa, se vale de todos sus ardides para recobrarla: entonces es quando multiplica los combates, y todo lo convierte en lazos, despierta todas las pasiones, aún medio vivas, derrama disgustos y amarguras en todos nuestros pasos, junta todos los obstaculos, aumenta las dificultades: En una palabra, echa el resto de todos sus artificios para volver á entrar en la casa de nuestra alma con siete espíritus impuros, aún peores que él; entonces son por una parte mas vivas las tentaciones, y por otra está mas flaca la piedad, por hallarse ésta como una centellita apenas encendida, que es preciso mantener á costa de cuidados y precauciones; como una planta nueva, capaz de marchitarse al mas leve soplo, de

secarse con el mas leve ardor de las tentaciones: ¿En qué tiempo, pues, se necesita de mas fidelidad y vigilancia? ¿Seria acaso prudencia el que no pensaseis mas que en descansar, sin estar vigilantes, en una ocasion en que todo se dispone á acometeros? ¿No es entonces quando teneis mas necesidad que nunca del retiro, de la oracion, de la abnegacion del mundo y de los placeres, del trato con los justos, del exercicio de las obras de misericordia, y de la leccion de los libros santos? Y el exponer un tesoro que teneis en vuestro corazon, sin saber aún defenderle, ¿no es querer perderle sin remedio?

Por ultimo; no añado que no proveyendo la Iglesia en este santo tiempo á la piedad de los fieles de tantos socorros exteriores, debeis vosotros suplir esta falta, renovando el zelo y el cuidado. En los dias de penitencia de que acabamos de salir, parece que la fé y la piedad estaban sostenidas con solas las exterioridades del culto. La mas continua asistencia á nuestros Templos; la palabra evangelica anunciada mas frecuentemente, y en mas lugares; las Preces de la Iglesia mas largas, y mas solemnes: todo aquel aparato de luto y tristeza de que estaba cubierta; la memoria de los misterios dolorosos que nos acordaba; la ley de los ayunos y de las abstinencias; la suspension de los públicos placeres; la moderacion en la libertad de las mesas; la culpa casi obligada á ocultarse, ó á lo menos á disimularse; la obligacion de la Pasqua con la que todos se disponian á cumplir, excepto algunos pecadores inveterados, y absolutamente abandonados de Dios: Todo esto podia servir de apoyo á una piedad nueva; pero en el tiempo en que vamos á entrar, la virtud casi nada halla en las exterioridades de la religion que la ayude, que la anime, que la defienda; toda la hermosura de la hija del Rey, por decirlo así, está en lo interior. La Iglesia, suponiendo que por la Resurreccion

cion hemos quedado del todo espirituales y celestes, no ofrece á nuestra piedad tantos socorros sensibles; cesan los ayunos; se minoran las oraciones públicas; callan los pulpitos; el culto y las ceremonias son mas regulares y sencillas; se acaban las solemnidades, y se cumple la revolución de los misterios. La Iglesia de la tierra resucitada es una imagen de la del cielo, en la que el amor, la adoracion, la accion de gracias, y el silencio ocupan el lugar de los hymnos y canticos, y forman toda su religion y su culto.

Pero para los que aún estais débiles en la fé, esta privacion de socorros exteriores, esta vida interior y perfecta tiene sus riesgos; puede temerse, que no hallando al rededor de vosotros los apoyos exteriores de la piedad, no os podais mantener solos; puede temerse que el fin de las abstinencias sea para vosotros ocasion de intemperancia y de concupiscencia; que por estar distantes de las cosas santas, caygais en el olvido de Dios; que el uso mas libre de los placeres os abra el camino al pecado; que la falta de las públicas oraciones os haga perder la costumbre de levantar vuestro corazon á Dios; que con el silencio de los Pulpitos os vayais adormeciendo acerca de las verdades eternas: En una palabra, que la santa libertad de este tiempo sea para vosotros ocasion de relajacion y recaída.

Y para mejor manifestaros esta verdad, porque nunca se puede cometer exceso en daros á conocer el espiritu de la Iglesia en el orden y fin de sus solemnidades y Misterios, por ser ésta toda la piedad de este destierro, y de nuestra peregrinacion, os suplico advertais, Católicos, que desde el Nacimiento del Salvador, hasta su Resurreccion, y efusion de su Espiritu Santo que esperamos, la Iglesia nos ha mantenido siempre bajo sus alas, por decirlo así, como polluelos que criaba, y queria formar para Jesu-

Chris-

Christo; os ha hecho crecer succesivamente con la gracia de cada misterio; no os ha perdido de vista, y ha empleado todos sus cuidados con vosotros: Pero en adelante, cumplidos los misterios de la Resurreccion, y de la efusion del Espiritu Santo, mira como acabada en vosotros su obra; supone que sois hombres celestiales, llenos de todos los dones del cielo; que habeis llegado á la perfecta semejanza de Jesu-Christo glorificado; y que no teneis ya necesidad de los socorros con que hasta ahora habia mantenido vuestra infancia; os entrega á vosotros mismos; se retira á lo interior de su Santuario; no propone ya á vuestra piedad sino el misterio inefable de la unidad de la Divina esencia, y la Trinidad de las personas, que es toda la ocupacion, todo el culto, y toda la Religion de los Celestiales Espiritus, y de los Bienaventurados en el cielo; se persuade á que habiendo de hacer en adelante en la tierra una vida absolutamente celestial, no debe presentar á vuestra piedad otro objeto mas que el que la Iglesia del cielo ofrece á sus escogidos, y que solo debe presentaros el seno de la gloria, y el inefable misterio de la Trinidad, en vez de seguiros aún, y socorremos, como ha hecho hasta aqui, entre los peligros y escollos que hay en la tierra. Juzgad ahora si estos dias de perfeccion, de gloria, de vida celestial, y plenitud del Espiritu Santo para los Christianos, pueden ser dias de relajacion y libertad; y si debeis seguir la regla de los sentidos, en un tiempo en que la Iglesia supone que ya toda vuestra vida es interior y oculta en Dios con Jesu-Christo.

Y á mas de esto, aún quando una vida deliciosa, sensual, menos circunspecta, y menos acompañada de todas las precauciones, y de todas las violencias de la piedad, no fuera peligrosa despues de la santa solemnidad, á lo menos sería injusta, Católicos, para la mayor parte de los que me oís; y á la verdad, Señores, ¿estos dias de Penitencia de que acabamos de salir, han extenuado

tan.

tanto vuestra carne, que os puedan dár derecho para que descanséis de vuestras penitencias? ¿Qué es lo que habeis padecido en este tiempo consagrado por la Iglesia á la mortificacion y á los trabajos de Jesu-Christo? ¿En qué le habeis distinguido de otros tiempos del año? ¿Os habeis presentado en nuestros Templos cubiertos de ceniza y de cilicio? ¿Habeis mezclado vuestro pan con la amargura de vuestras lagrimas? ¿Se han visto mas oraciones, mas retiro, mas austeridad, ó á lo menos mas regularidad en vuestras costumbres? ¿Habeis á lo menos cumplido con las leyes de la Iglesia, y hecho gemir con la austeridad del ayuno, cumplido como se debe, á un cuerpo á quien nunca podreis suficientemente castigar? Ah! El justo que ha llegado al fin de esta carrera tiene derecho para enjugar sus lagrimas, lavar su rostro, perfumar su cabeza, y vestirse sus vestidos de gloria y de alegría, para tener parte en el público regocijo de la Iglesia, y gustar con ella de los consuelos sensibles de este santo tiempo; el justo sí, porque lejos de dispensarse la severidad de sus leyes, ha añadido rigores de supererogacion; pero vosotros que en vez de haber sido penitentes, habeis sido prevaricadores aún de la ley comun de la Penitencia; vosotros que venis al misterio de la Resurreccion con una carne tan rebelde, con unas pasiones tan vivas y tan enteras como estaban antes de estos dias de mortificacion y abstinencia; Ah! En vez de permitiros hoy alivios que no habeis merecido, debeis ponerlos en estado de reparar vuestra pasada infamia, de cumplir lo que ha faltado á vuestra penitencia, de mudar este tiempo de alegría en tiempo de luto y tristeza, y empezar una carrera en que no habeis dado paso alguno.

Y si deseais saber, antes de concluir, en qué consiste esta renovacion que se os pide, y cuáles son por menor los medios de conservar la gracia de la Resurreccion, que es lo que debe ser el fruto de todo este discurso, os respondo que la gracia no se puede con-

ser-

servar sino por los mismos caminos que se ha recobrado: Que los movimientos de amor y de compuncion que la ha traído á vuestra alma, son los que unicamente pueden mantenerla en ella: Que al hombre espiritual sucede lo que al terrestre; esto es, que en su conservacion nada hay que no se parezca á su formacion primera.

Preguntoos, pues, ¿cómo os habeis portado en estos dias solemnes para recobrar la gracia de la santificacion, si es que la habeis recobrado? ¿Cuáles son los caminos por donde habeis llegado á este feliz estado? las lagrimas, la compuncion, un vivo horror de vuestros delitos, una separacion infinita de las ocasiones que os habian engañado, un sincero conocimiento de vuestra flaqueza, y de la necesidad que teniais de oracion y vigilancia, un verdadero disgusto del mundo y de sus deleytes, un gusto de Dios y de todas las obligaciones de la piedad, y por ultimo un verdadero temor de morir en vuestro pecado? Pues este, amados oyentes míos, es el plan de vuestras obligaciones hasta el fin: Seguid siempre esas felices sendas que os han conducido á vuestra libertad; ese es vuestro camino; acordaos de que vuestra propia corrupcion pelea continuamente dentro de vosotros mismos contra la gracia de la santidad; que es necesario hacer los mismos esfuerzos para conservarla, que hicisteis para recobrarla; y que así el aflojar es perderlo todo, y arriesgar todo el fruto de vuestros pasados trabajos.

Estos son, Católicos, los motivos y los medios de perseverancia que hoy nos dá la Resurreccion de Jesu-Christo. Permitidme, pues, que acabe este discurso, esta carrera santa, y la obra de mi ministerio, dirigiendolos las mismas palabras que el Apostol dirigia en otro tiempo á los fieles nuevamente convertidos á la fé. Hermanos míos, les decia, estad firmes, y no volvais á poner el yugo de la dura servidumbre de que acaba de libertaros la gracia de Jesu-Christo: *State, & nolite*
ite-

iterum iugo servitutis contineri. (a) Quanto acabais de padecer para purificar vuestras conciencias, y para aclarar sus abismos en el Sagrado Tribunal de la Penitencia; esas lagrimas, esa verguenza, esas confesiones que tanto han costado á vuestra flaqueza, esos dolores del corazon, todo eso ¿es posible que lo habeis de haber sufrido en vano? ¿*Tanta passi estis sine causa?* (b) No volvais, pues, á tomar las cadenas que ni aún vosotros mismos habeis podido sufrir: No hagais que vuelva á nacer en vuestro corazon aquel gusano consumidor que nunca pudisteis sosegar: No volvais á entrar en aquellos amargos caminos de iniquidad que yá habeis experimentado tan tristes y difíciles: *State, & nolite iterum iugo servitutis contineri.* Comparad el estado en que acaba de colocaros la gracia de los Sacramentos, con aquel en que os hallabais antes de llegaros á ellos. ¿No sentís vosotros mismos una secreta alegría en lo íntimo de la conciencia, una suavidad y una paz que el mundo, ni las pasiones nunca os habian concedido? ¿No han calmado vuestros sustos? ¿No se han sosegado vuestros remordimientos? ¿No mirais con mas gusto este Templo, estos Altares, todos estos pomposos espectáculos que hoy manifiesta la Iglesia á vuestra vista? ¿No oís estos alegres cánticos, y su inocente armonía, como un preludio del eterno cántico de la Sion celestial? ¿No escuchais la divina palabra que se os anuncia, con un sensible consuelo, quando antes os servia de espada penetrante, que introducía el espanto y el dolor hasta lo íntimo de vuestra alma? Acordaos de vuestros días de disolucion, y de tinieblas. ¿Hay en ellos cosa que pueda compararse con lo que hoy experimentais? ¿No es verdaderamente para vosotros este día, el gran día que hizo

(a) *Galat. 5. v. 1.* (b) *Ibid. 3. v. 4.*

el Señor? ¿Visteis acaso en la region de la muerte, de la que acabais de salir, otro tan sereno, tan feliz, y tan augusto? Permaneced, pues, firmes en los caminos del Señor en que acabais de entrar, y nunca os canseis de un yugo, que es toda vuestra felicidad, y todo el consuelo de los que le llevan: *State, & nolite iterum iugo servitutis contineri.* Os habeis hecho hijos de luz, mantened este feliz titulo; acabais de ser hechos herederos del cielo, despreciad con una santa valentía todo lo que es inferior á esta magnífica esperanza; ya sois victoria de Jesu-Christo, fruto de su muerte, y trofeo de su Resurreccion; no minoreis la gloria de su triunfo volviendolos á sujetar á la dura y vergonzosa servidumbre de su enemigo: *State, & nolite iterum iugo servitutis contineri.* ¿Qué mas os diré, Católicos? los Angeles que en la gloria rodean el Trono del Cordero, y vuestros hermanos que os han precedido con la señal de fe; los Santos Protectores de esta Monarquía, que anunciaron á Jesu-Christo á nuestros Padres, os miran con alegría desde lo alto de la celestial morada; en la mansión de la inmortalidad celebran vuestra libertad, vuestra feliz Resurreccion á la gracia, y vuestra reunion con ellos y con toda la Iglesia del cielo; á los pies del Trono cantan el Cántico de alabanza y de acción de gracias. ¿Quereis, pues, volver á cerrar los cielos sobre vosotros, volveros á separar de la caridad de los ciudadanos de la Jerusalén celestial, y romper unos lazos tan felices y tan apetecibles para vosotros? Permaneced, pues, firmes, y no paseis de la santa libertad de hijos de Dios á la terrible esclavitud del demonio y del pecado: *State, & nolite iterum iugo servitutis contineri.* ¿Qué mas puedo decir? Habeis tambien sido alegría de los Angeles de la tierra, de los Ministros de la Iglesia, que han sido testigos de vuestras lagrimas, de vuestros suspiros, del dolor de vuestra confesion, y de la sinceridad de vuestra penitencia: ellos os apli-

Tomo II.

Y

ca-

caron con gusto la Sangre del Cordero, y el remedio de vuestras manchas; os reconciliaron con el Altar, y con el Dios que en él se adora; os dieron el beso de paz; os miran como obra suya en Jesu-Christo, como hijos de la fé, á quienes ellos acaban de formar para el cielo con sus oraciones, con sus gemidos, y con los mas vivos dolores de su zelo Sacerdotal. ¿Quereis, pues, llenar su corazon de amarguras con una indigna apostasia? ¿Obligarlos á que aun giman entre el vestibulo y el Altar, y que pidan á Dios contra vosotros la venganza de su sangre profanada, y en vez de ser vosotros su corona, su alegría, y su consuelo, ser la mas dolorosa herida de su corazon? No hagais, Católicos, que sean inútiles los cuidados de su zelo, y los trabajos de vuestra penitencia: *State, & nolite iterum iugo servitutis contineri.* Conservad el tesoro que acabais de recibir hasta el día del Señor, para que podais presentarsele en la general Resurreccion, como prenda y precio de la feliz inmortalidad. Amén.

NOTA.

El discurso siguiente es una instruccion familiar hecha á alguna Congregacion de caridad en el día de Pentecostes; no está escrita segun el estilo de los Sermones, pero no por eso es menos sólida, ni menos penetrante, y me persuado que la sencillez de estilo que en ella se observa no desagradará á los inteligentes.

Y en SER-

SERMON

PARA LA FIESTA

DE PENTECOSTES.

SOBRE LOS CARACTERES DEL
espíritu de Jesu-Christo, y del espíritu
del mundo.

Nos autem non spiritum hujus mundi accepimus, sed spiritum qui ex Deo est.

Nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo, sino el espíritu que viene de Dios.

I. Cor. 2. v. 12.

EL espíritu de Dios y el del mundo, dice San Agustín, forman acá en la tierra dos ciudades, Babilonia, y Jerusalén, y cada una tiene sus leyes, sus máximas, sus ciudadanos; y habiendo sido fabricadas en la tierra desde el principio del mundo, siempre han separado invisiblemente, y á los ojos de Dios, los hijos del cielo de los del siglo.

Estos dos spiritus dividen todo el Universo, las

Y 2

ciu.